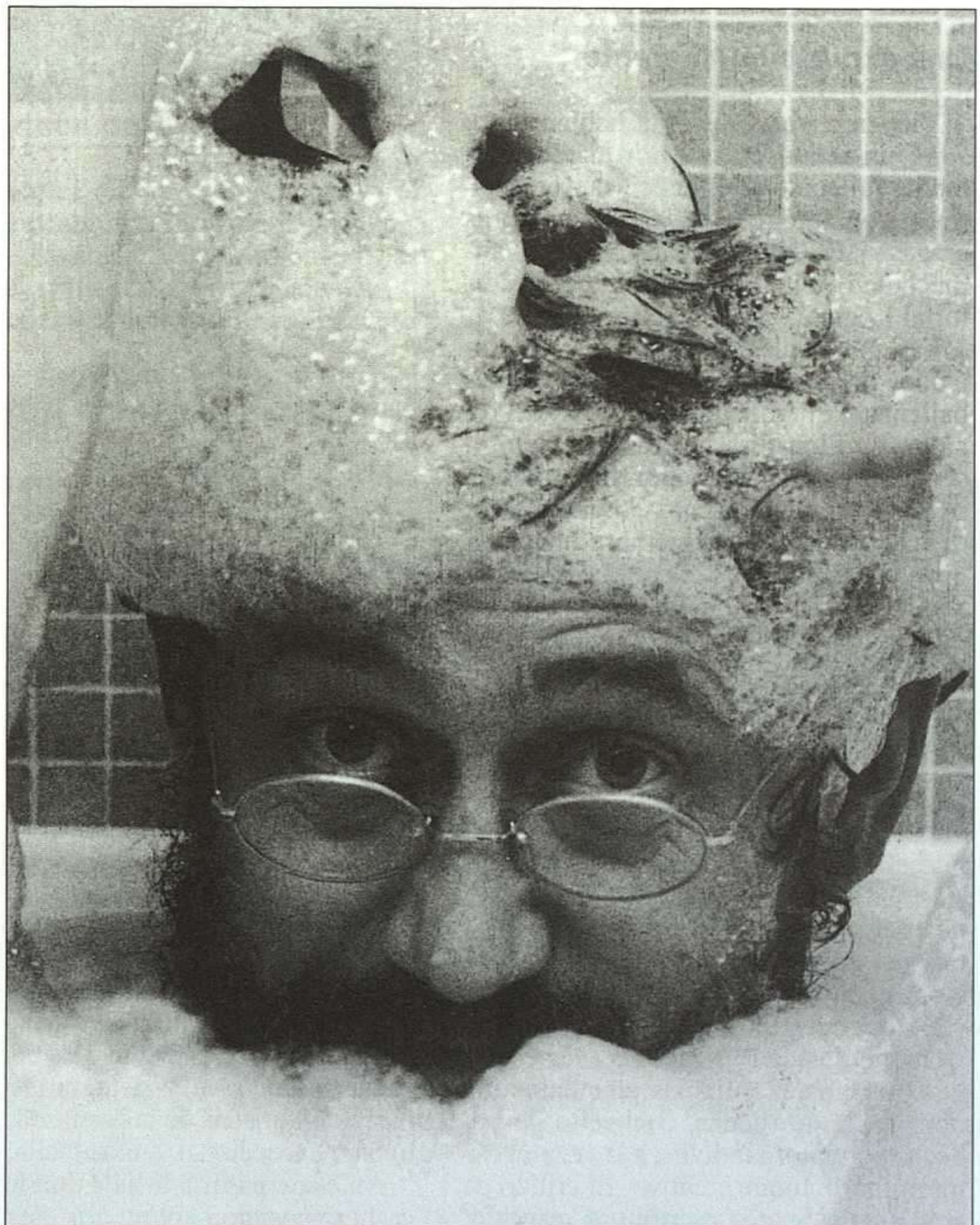


Encuentro con *Juul*

por Paco Abril*

El Departamento de Programas Educativos de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón organizó una exposición sobre Juul, el único libro publicado en España del autor flamenco Gregie de Maeyer, recientemente desaparecido, y una serie de actividades encaminadas a explotar educativamente este cuento terrible y hermoso a la vez. Además de una explicación y valoración de la experiencia que ha supuesto trabajar Juul con los escolares, el artículo incluye una semblanza de Gregie de Maeyer, a cargo de María Lerma, amiga del autor y traductora.



legan con puntualidad estricta. Se trata de un grupo de 25 escolares que acuden, muy interesados, a ver la exposición de un cuento. El grupo de hoy es de sexto de Primaria. Los recibo en la amplia entrada que antecede a la sala de exposiciones.

Su profesora solicitó la visita con un mes de antelación. El número de demandas desbordó las previsiones más optimistas. Las muestras de cuentos completos, que organiza el Departamento de Programas Educativos de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón, se han consolidado como una de las actividades más solicitadas y novedosas de cuantas oferta esta institución para los escolares.

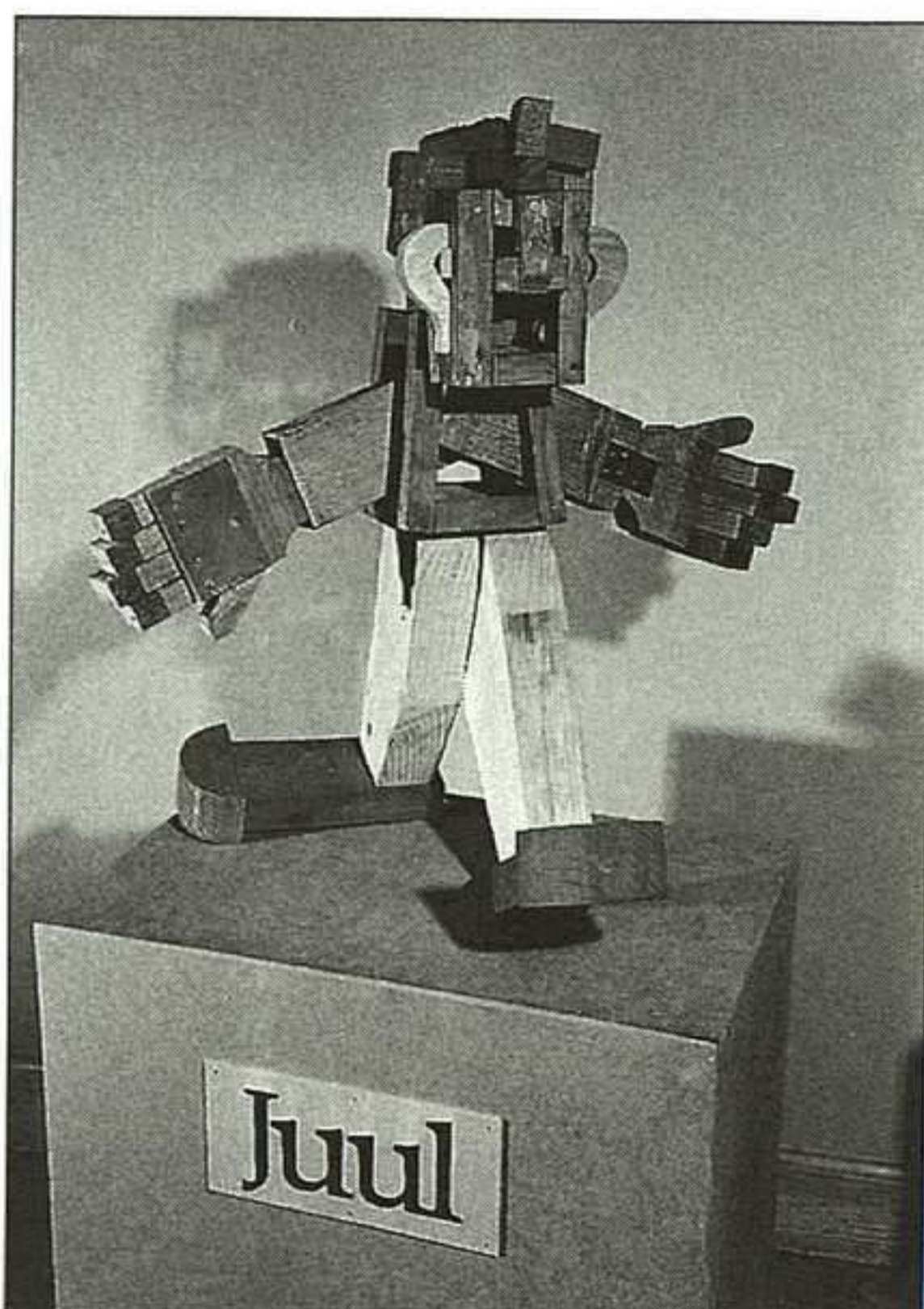
Una exposición diferente

Vienen a ver, a oír y a hablar sobre *Juul*, un relato escrito por el recientemente fallecido Gregie de Maeyer, ilustrado con fotografías de las esculturas creadas para esta historia por Koen Vanmechelen, editado en España por la editorial Lóguez.

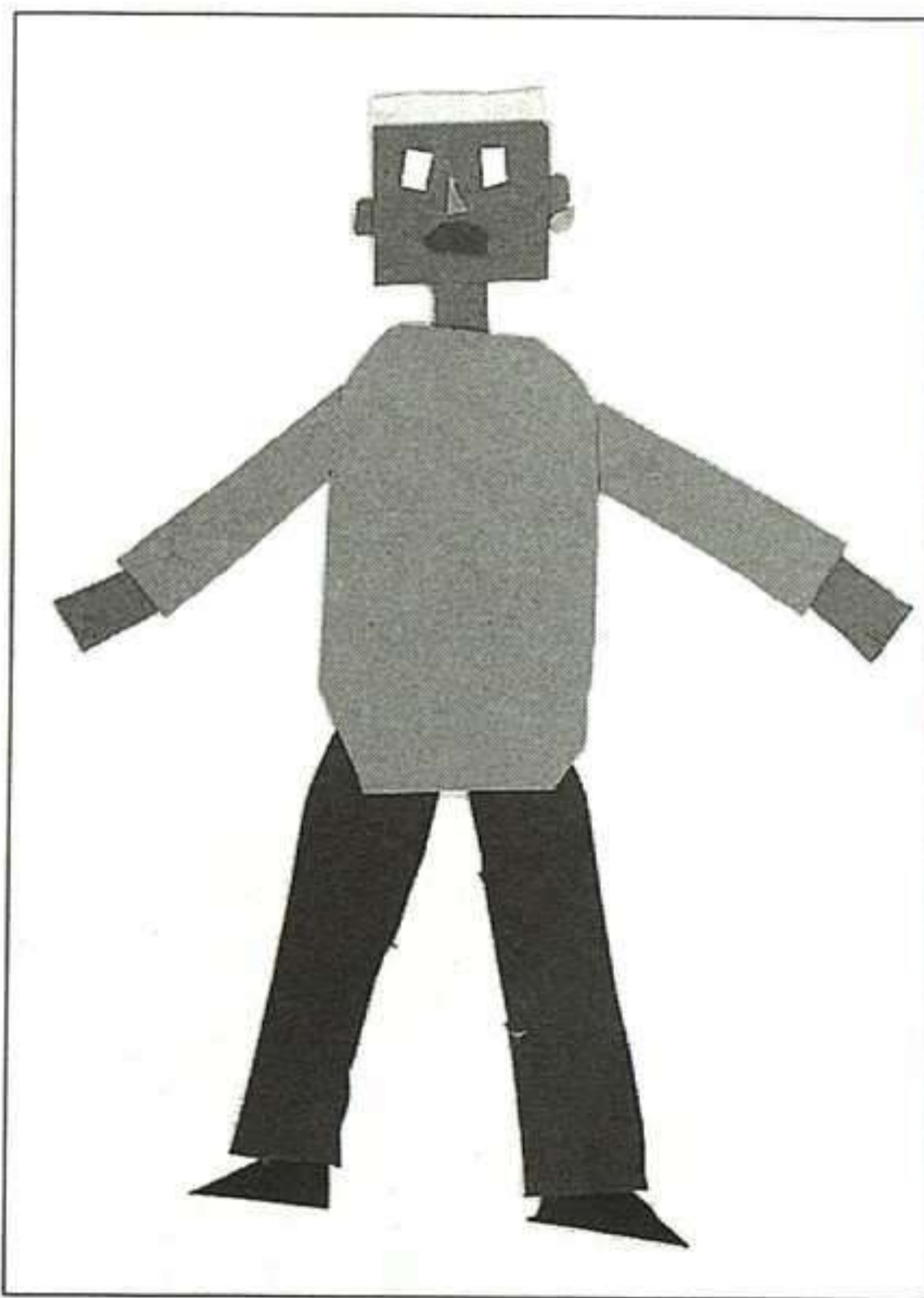
Las cinco muestras anteriores: «El domador de monstruos», «El canto de las ballenas», «Ferdinando el toro», «El regalo» y «Flon-Flon y Musina», se presentaron como exposiciones de pintura, es decir, en cuadros cuidadosamente enmarcados, integrando siempre imagen y texto, y colocados en la pared, a una altura de alcance visual del público infantil.

La exposición sobre *Juul* supuso un complejo trabajo de preparación. La mayor dificultad consistía en reproducir, guiándose por las fotografías del libro, las esculturas de madera de Vanmechelen. La tarea era hartamente complicada. Nadie se atrevía a llevarla a buen término. Fue el artista gijonés Juan Stové, entusiasmado por la singular propuesta estética del cuento, quien se decidió, al fin, a poner en tres dimensiones las ilustraciones del libro.

Stové consiguió reproducir, con precisión meticulosa y fidelidad, las esculturas originales y demás elementos del libro (silla de ruedas, cochecito de bebé...), pero otorgándoles, a la vez, un extraordinario toque creativo. El crítico de arte Rubén Suárez escribió al respecto:



ANTONIO MEREDIZ.



Collage (abajo) de Salvador Paja (11 años).

«Juan Stové ha devuelto al volumen escultórico las reproducciones impresas en el papel y realmente el resultado es impresionante. Hasta el punto de que podría pensarse que son las fotografías las que han sido tomadas de la escultura. [...] Un trabajo excepcional y nada fácil».

Antes de pasar a la sala donde se ubica la exposición sobre *Juul*, les hago a

los niños y niñas una pregunta que les sorprende —«Decidme: ¿os gusta que os insulten?»—. Se produce un silencio de miradas interrogantes y sonrisas que no se atreven a convertirse en francas risas. «Qué pregunta más tonta», parecen decir. «¿A quién le va a gustar que le insulten?», leo en sus caras.

Prosigo con otra pregunta: «¿Puede decir alguno de vosotros o vosotras que nunca ha insultado a nadie?». No se rompe el silencio, aunque ahora se miran de reojo o bajan la vista con cierto disimulo, algunos incluso avergonzados, como si hubieran sido pillados en flagrante delito.

Ante el silencio a mis preguntas añado: «Está claro que a nadie le gusta ser insultado, pero que todos sin excepción, hemos insultado a alguien alguna vez. Responded, por favor, ¿cómo os sentís cuando os insultan?». Ahora todos y todas quieren hablar, aunque antes les pongo una condición a sus respuestas: «No vale decir la palabra *mal*».

Preparando esta actividad, me di cuenta de que hay palabras tapón. Palabras que, al decirlas, cierran o tapan la posibilidad de expresar con amplitud y profundidad nuestros sentimientos. Por ejemplo, *mal*, tal y como suele utilizarse, es un vocablo insaboro, inodoro e insípido. Apenas expresa nada. Igual pasa con *bien*. En este sentido, es una simpleza decir que España va bien o que va mal, pues nada aportan esas generalizaciones anodinas y ambiguas sobre la situación real del país.

Destapada así la botella de lo que sienten ante el insulto, se desparrama el líquido. Entre otras cosas, dicen: «Siento tristeza en el alma». «Es como si me partieran por dentro.» «Siento rabia, dolor, pena.» «Me veo como si fuera el patito feo.» «Me entran ganas de pegar a quien me insulta.» «Se me pone un nudo en la garganta.» «Me entran ganas de llorar.» «Es como si me estuvieran clavando algo en la barriga.» «Es como si desapareciera de repente el cielo azul.» «Dan ganas de pegarles patadas a las cosas.» «Siento vergüenza.»

En muchas de estas visitas me han acompañado tres estudiantes de cuarto de Pedagogía que han escogido hacer sus prácticas sobre la explotación didáctica de este cuento. Ellas han tomado no-

ta en su cuaderno de campo de todo lo que los niños y niñas han dicho.

Ya está el grupo preparado para encontrarse con *Juul*. Les invito a pasar. Se sientan en el suelo, en el centro de la sala exclusivamente dedicada a albergar exposiciones dirigidas a la infancia.

Las esculturas se muestran sobre peanas de madera especialmente diseñadas para esta exposición. El texto, reproducido en tablillas, también de madera, se halla colocado encima de cada peana.

Comienzo a contarles la historia de ese muñeco desplazándome entre los elementos expositivos. A medida que avanza la narración se hace un silencio cada vez mayor. Ni un murmullo, ni un carraspeo, ni un susurro enturbian ese silencio. La historia de *Juul* les conmueve. Pero, ¿de qué trata *Juul*?

Juul es un muñeco de madera del que todos se ríen. Así, se mofan de sus rizos —«¡Hilo de cobre! ¡Tienes mierda en el pelo! ¡Caca roja!»—; de su cabeza pelada —«¡Bola de billar. Canica. Huevo!»—; de sus orejas —«¡Dumbo! ¡Abanícalas! ¡Échate a volar!»—; de sus ojos... *Juul* anhela ser querido.

Todos los seres humanos necesitamos sentirnos valorados, aceptados, queridos y respetados por los demás. Si nos dicen que somos muy torpes, que no valemos para nada, que somos unos incapaces, o nos humillan riéndose de nosotros es como si nos fueran rompiendo a trocitos por dentro. Las humillaciones, las ofensas y la burlas pueden sumirnos en la de-

solación y hacernos sentir tan desdichados que lleguemos a desear arrancarnos ese pelo que los demás han comparado con un estropajo; o esas orejas con las que afirman podríamos volar, o esa lengua que tartamudea al tropezar con el miedo. Los otros son un espejo en el que nos vemos reflejados. Si la imagen que nos devuelven es positiva, nos sentimos optimistas, alegres, con ganas de vivir y de mejorarnos a nosotros mismos y al mundo entero. Si, por el contrario, la imagen es negativa, deseamos hacer desaparecer o arrancarnos de cuajo lo que a los otros no les gusta. Esto es lo que le sucedió a *Juul*. Se fue arrancando lo que a los otros no les gustaba de él. *Juul* se mutiló poco a poco, impulsado por la crueldad de los demás, hasta quedarse sin cuerpo.

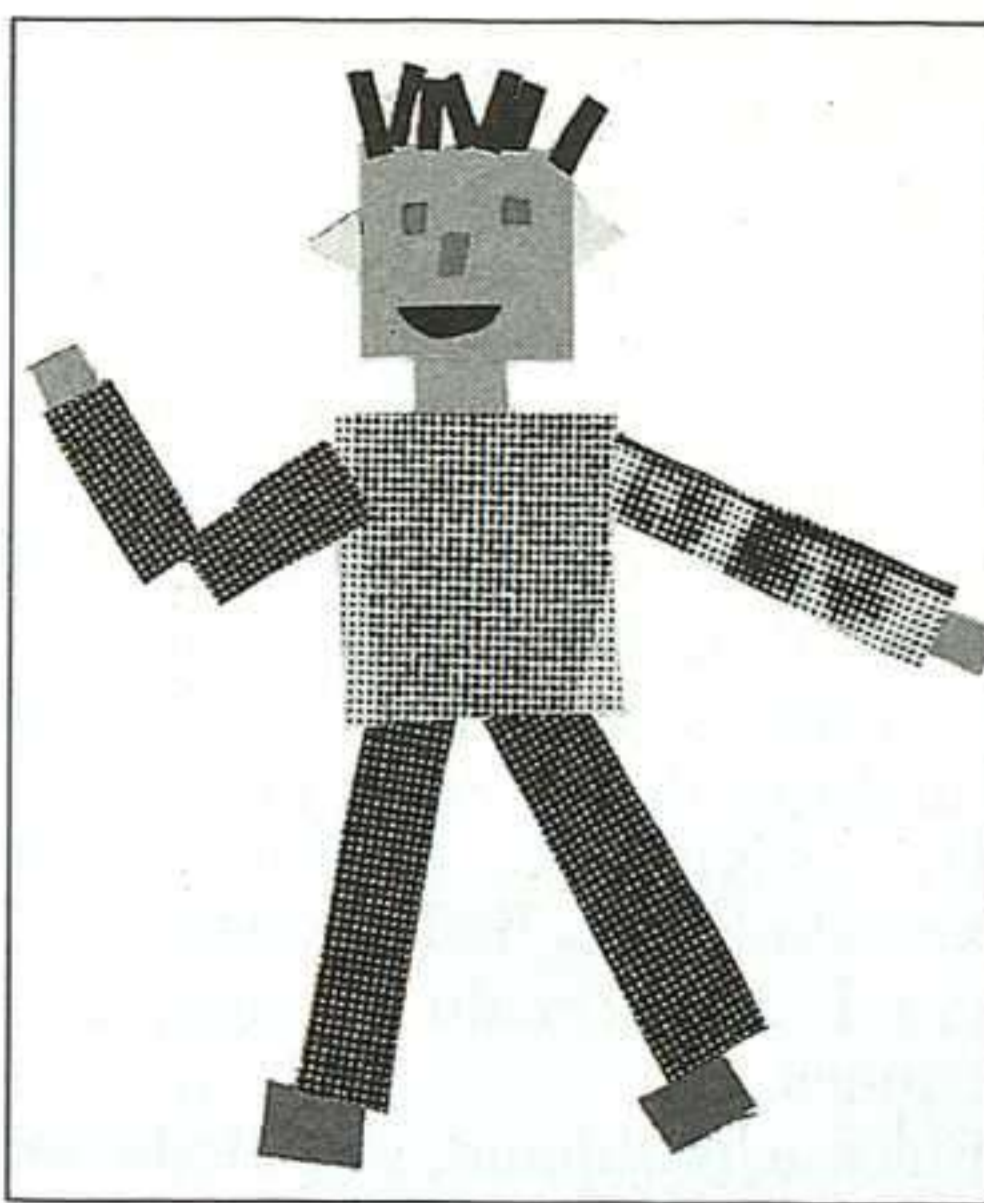
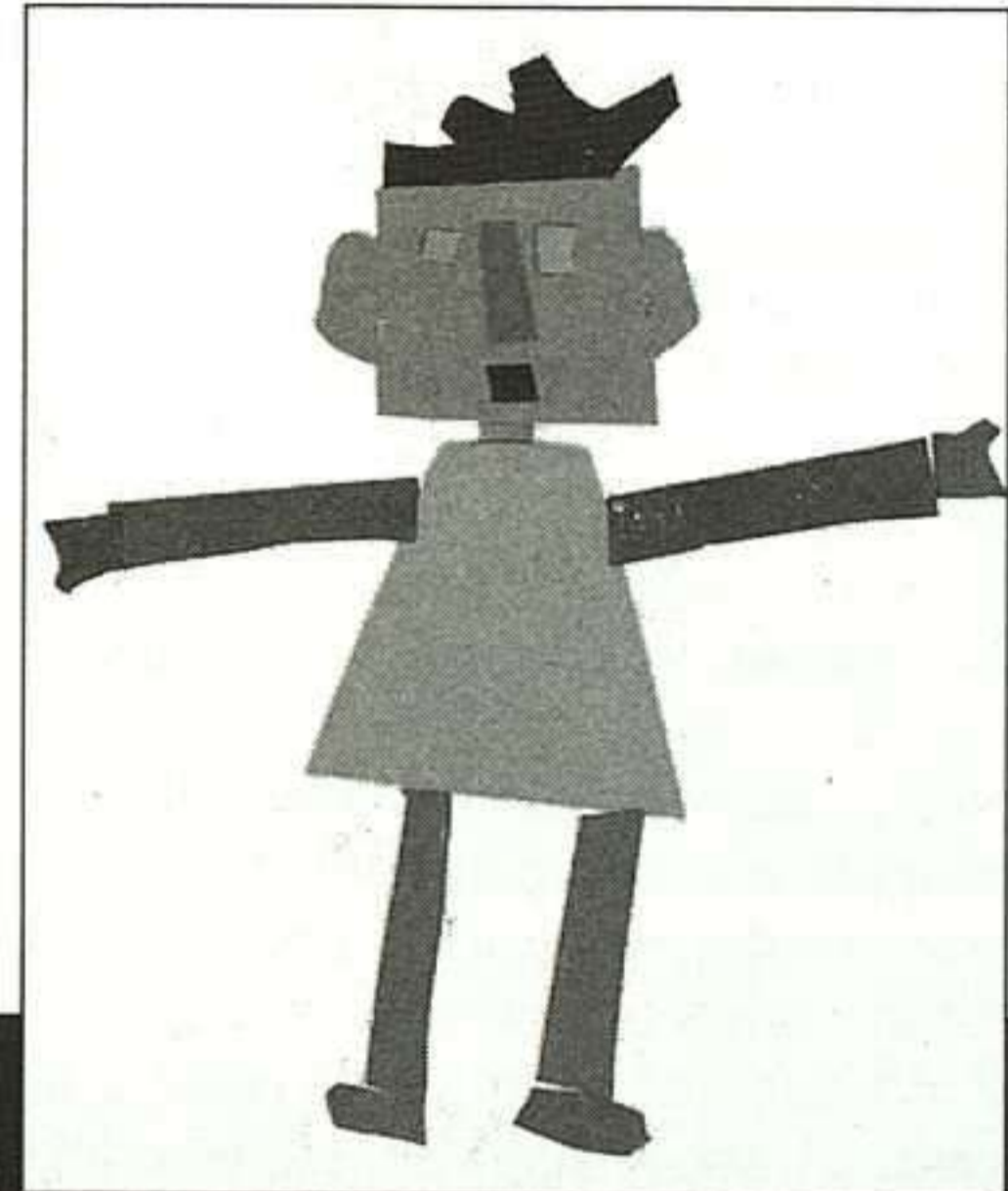
Pegar con palabras

Parece el relato de una autodestrucción, de alguien que pretende acabar consigo mismo. Sin embargo, no es así. *Juul* se mutila impelido por la pullas, las vejaciones y el acoso de sus compañeros.

Vista general de la exposición y collage (izquierda) de Andrea Díaz (8 años).

Juul es una historia de amor. Anhela ser querido y, a la vez, desea querer a los otros, desea su proximidad, su acercamiento. Por ellos destrozan su cuerpo. Arranca de sí mismo lo que le separa de los demás. Puede que algún adulto piense que es un plato demasiado fuerte para las mentes infantiles, o quizá crean que los niños y las niñas no van a comprender la historia, pero, ¿cómo no van a comprender algo que viven cada día en su centro de enseñanza o en su casa?

Por eso no necesitan que se les lleve de la mano para leer este libro. Este cuento puede convertirse en un impresionante centro de interés para reflexionar con los niños y las niñas sobre las vejaciones, los insultos, las humillaciones o demás aspectos de la violencia en-



Collage de Raquel García Alonso (12 años).



ANTONIO MEREDIZ.

tre escolares, como he pretendido hacer al preparar este encuentro con *Juul*.

Como ya dije, el cuento ha sido ilustrado utilizando fotografías de una escultura de madera que representa al protagonista. La figura y el tratamiento gráfico son todo un hallazgo creativo. El libro se convierte, gracias a estas imágenes, en un gran poema visual.

Vuelvo al relato. Insisto: *Juul* es una historia de amor. Termina con la esperanza que otorga el afecto. Juul y todos y todas las Juuls del mundo pueden reconstruirse cuando alguien, con todo el cariño que no han recibido, les pregunte: «¿Qué te ha pasado, Juul?», como hizo Nora, la niña que recogió al muñeco, lo llevó a casa, lo curó, lo acarició y le dijo cosas bonitas.

Al acabar de relatarles la historia, les pregunto a los escolares, en caliente, qué han sentido al escucharla. Las estudiantes de Pedagogía anotan sus impresiones. Destaco algunas: «Es muy triste, muy tremendo». «Me dio mucha pena.» «Es muy exagerado, es violento.» «Es depresivo. Es un reflejo de lo que pasa en la clase. Un cuento muy realista aunque sea muy duro.» «Es muy fuerte, pero es lo que pasa todos los días en mi *cole*.»

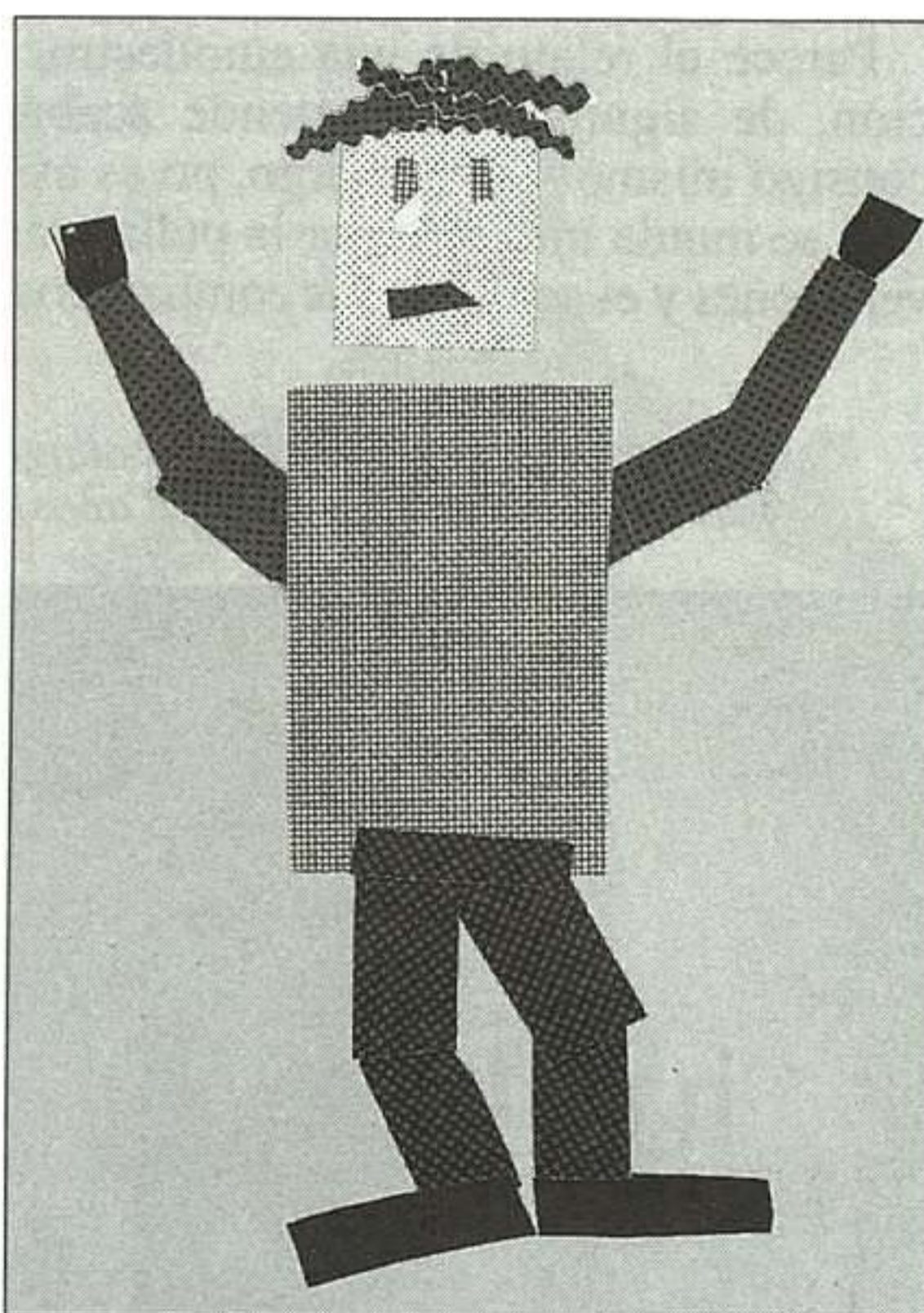
No doy nada por sabido, y por esta razón les pido que me expliquen qué es para ellos insultar. «Decir una palabrota», contestan varios al unísono. Muchos niños y niñas, sobre todo los de edades inferiores a 11 años hacen esa escueta definición del insulto.

Entonces les pregunto: «¿Son palabrotas *mosquito* o *alambre*?». «No», responden rápidamente. «Y si digo —continúo—: “Tienes un cerebro de mosquito” o “Tus patas son de alambre”, ¿forman parte ahora estas palabras de un insulto?» Contestan afirmativamente. Entonces insisto en mi primera pregunta. Afinan ahora su definición. «Insultar es decir palabras que ofenden o molestan a otra persona», concluye una niña. Todos comparten su explicación, que se acerca mucho a la del diccionario de la Real Academia Española. *Insultar*: «ofender a uno provocándolo o irritándolo con palabras o acciones».

La definición del diccionario nos permite ir de excursión por el áspero campo semántico del insulto, por el paraje de las palabras que muerden.



ANTONIO MEREDIZ



Collage de Alba Morell García (11 años).

Una vez en clase, algunos han abierto el diccionario y se han puesto a caminar por él. Descubrieron en su andadura que insultar es ofender, sí, pero también lastimar, herir o hacer daño, agraviar, molestar, perjudicar, incomodar, avergonzar, abochornar, faltar, provocar,

recriminar, maltratar, vejar, jorobar, angustiar, preocupar, avasallar, atropellar, humillar, acosar, irritar...

La lista de malas hierbas de este campo semántico sería extensa, aunque todas ellas tienen algo en común: denotan empujamiento o minusvaloración de la persona a la que se insulta. El ofendido se siente rebajado, disminuido en su dignidad. Tal y como se sintió Juul.

Antes de terminar de hablar sobre el cuento con los niños y niñas, les pido que me digan qué representa Nora, la niña que recoge y cuida a Juul al final de esta historia. Hay una gran coincidencia. Nora representa o significa para ellos el cariño, el afecto, la amistad, el amor, los cuidados, la piedad, la generosidad, la esperanza, la comprensión, la ayuda, la vida («Porque darle afecto —dijo una niña— es como otorgarle vida»).

Pero lo más sorprendente es que, en cada visita, siempre hubo quien dijo que Nora significaba la reconstrucción de Juul. Gracias a Nora, afirmaron, Juul se va a reconstruir.

El insulto cotidiano

Continúa la actividad, les pido que respondan por escrito a las breves preguntas de un cuestionario. Sus respuestas nos van a informar sobre los insultos que reciben en el ámbito familiar y escolar. El cuestionario consta de cinco preguntas. Las tres primeras se refieren a las agresiones verbales; las dos últimas, al grado de satisfacción de los encuestados consigo mismos. Las preguntas son éstas:

— Escribe lo que menos te gusta que te llamen en casa.

— Anota lo que menos te gusta que te llamen tus compañeros/as.

— Escribe lo que menos te gusta que te llamen tus profesores.

— Imagina que puedes cambiar alguna parte de tu cuerpo, ¿cuál cambiarías?

— Imagina que puedes cambiar algo de tu forma de ser, ¿qué cambiarías?

He recogido más de mil respuestas, cuyo estudio detallado excedería el espacio de este artículo. Resumo las conclusiones.

En casa, proliferan, sobre todo, los insultos entre hermanos, aunque los padres no suelen quedarse a la zaga. Si el

47 % de los padres españoles consideran que «algunas veces es imprescindible pegar a los niños», ¿cómo no van a ejercer esa otra violencia precursora de los castigos corporales que es el insulto?

Vago, vaga (que el 85 % de los encuestados escriben con *b*) es lo que más suelen llamarles los padres a los niños y a las niñas. También imbécil, desobediente, bobo, cabezón. No les he pedido aquí que resalten las expresiones de amenaza, las cuales serían motivo de otra investigación.

Arrecian los insultos entre los compañeros, esto es, entre iguales. Los escolares viven sumergidos en el océano del insulto cotidiano. El insulto en la infancia, nada o poco investigado, es, sin embargo, el pan de cada día. En un estudio noruego publicado con el título de «Conductas de acoso y amenaza entre escolares» (uno de los escasísimos que se ha escrito sobre el tema) se afirma


que los niños o jóvenes a quienes se acusa o agrede en la escuela pueden presentar alguno de estos indicios: les gastan (repetidamente) bromas desagradables, les llaman por apodos (es posible que se les conozca también por algún nombre malsonante), les insultan, menosprecian, ridiculizan, desafían; les denigran, amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan; son objeto de burlas y risas desdeñosas y hostiles.

Ésta es la única referencia en todo el texto a los insultos, lo que no deja de sorprender, sobre todo si pensamos, que el insulto precede, casi siempre, a la agresión. Así lo afirman los autores del magnífico libro *El arte del insulto*: «El insulto, en todas las sociedades, constituye una parte indispensable de un rito de violencia. Es el combustible que va calentando progresivamente el ánimo de los contendientes hasta llegar al punto de saturación que libera la agresividad directa».

El insulto es una agresión y, como bien dijo un niño de 9 años en redonda definición, «insultar es pegar con palabras». Pues bien, es entre escolares, es decir, entre los supuestos iguales, donde las agresiones verbales proliferan a sus anchas, donde más se manifiestan concepciones, creencias y prejuicios. Son, en este caso, un retrato social, un test psicológico. Por eso podríamos afirmar: decidme cómo insultáis y os diré qué pensáis.

No es de extrañar que la ofensa que más se utiliza entre los niños y niñas (incluso entre los más pequeños) sea la de llamar puta y sus muchísimos derivados. Coincide con las conclusiones de los autores de *El arte del insulto*: «Las prostitutas, seguidas por los homosexuales masculinos, siempre se han llevado la parte del león en la historia del insulto hispánico».

Aparte de tan arraigado vituperio, «el más asiduo de nuestra vida cotidiana», hay, por supuesto, otra gran constelación



Un libro que significa
para las religiones lo que
El mundo de Sofía
significó para la filosofía.

EL VIAJE DE TEO

Catherine Clément

Siruela

de insultos que son constante moneda de cambio entre nuestros escolares. Tales como mongol, idiota, subnormal, amorfo, que minusvaloran la personalidad. Abundan también los que pretenden ridiculizar el aspecto físico, como virolo, bizco, gordo, cara moco...

Los insultos son nítidas radiografías donde se refleja lo que valoramos y detestamos socialmente. En un país tan redomadamente machista como es el nuestro, no es de extrañar que la homosexualidad sea lo peor que puede reprochársele a un hombre. Uno de los peores agravios es, por lo tanto, llamar a un varón maricón. No es de extrañar que la lengua, con su léxico de agua, haya empapado la institución escolar. Llamar marica o maricón a un niño es, por lo tanto, parte del léxico común de nuestros escolares.

Los profesores suelen ser el grupo más comedido a la hora de insultar. Se juegan mucho en ello, claro está. A la hora de expresar las cosas desagradables que les llaman los profesores, fue donde un mayor número niños escribió: «No me llaman nada». No nos engañemos, sin embargo; también hay abundancia de agresiones verbales de parte de los maestros. Los que más resaltan son los referidos al comportamiento escolar y al estudio, tales como vago (muy frecuente), tonto, charlatán, burro, sinvergüenza, ignorante..., y todos aquellos que tienden a minusvalorar la capacidad intelectual de sus alumnos.

Como anécdota curiosa, citaré a una maestra que, al ver a sus alumnos rellenando la encuesta y, para curarse en salud, me dijo: «Bueno, yo suelo llamarles vagos, estúpidos, torpes y tontos algunas veces, pero es para que no se duerman en los laureles y espabilen».

Y estas delicadezas, faltaría más, aparecieron claramente reflejadas en las encuestas de sus espabilados alumnos.

La segunda parte de este pequeño cuestionario se refería a lo que cambiaría cada uno de su físico o de su carácter. Se lo presenté diciéndoles que imaginaran que acababa de entrar un mago que les diera la posibilidad de cambiar algún aspecto de su cuerpo o de su forma de ser. «¿Qué cambiaríais?», les preguntaba.

Se abre aquí un nuevo campo de investigación referido al grado de satis-



ANTONIO MEREDIZ

facción con uno mismo. Si aceptamos, como decía Aristóteles, que la felicidad es estar satisfecho con uno mismo, la infelicidad tendrá mucho que ver con todo eso que no aceptamos de nuestro aspecto o de nuestro comportamiento. Habría que averiguar cómo construimos la imagen de nuestro propio cuerpo y de nuestra forma de ser en general, pues, como afirma J.A. Marina, «lo que pensemos sobre nosotros mismos determinará lo que realmente seamos».

En cuanto al cuerpo, existen algunas diferencias entre los niños y las niñas en sus respuestas. Ellas mejorarían sus dientes, su pelo, sus piernas y serían más delgadas. Ellos también sus dientes (obsesión de moda), sus orejas, sus músculos y su altura.

Con respecto a la forma de ser, se conocen más a sí mismos de lo que parece, lo cual es un síntoma de madurez. Los niños y las niñas quieren, en general, ser más inteligentes, menos agresivos, más valientes, decir menos tacos, tener menos dificultad para estudiar...

La reconstrucción

Tras la encuesta, pasamos a reconstruir a Juul. Les proporcioné papel de colores, tijeras y barras de pegamento.

Les propongo que, con esos elementos, confeccionen un sencillo muñeco, un Juul de papel. Construyen, con esta técnica de *collage*, muñecos que cobran vida al unir sus piezas. Juul ha sido así simbólicamente resarcido. Cuando terminan, se exponen sus trabajos para que todos puedan verlos al salir.

Seguimos con una propuesta de expresión corporal. Les sugiero que representen con su propio cuerpo los diferentes estados de ánimo de Juul. Hacen estatuas de arrancarse el pelo, de quitarse las orejas, de quedarse sin ojos. Expresan la tristeza de sentirse humillado o la alegría de sentirse comprendido.

Les explico, por último, cómo medir la temperatura del insulto y la agresividad en su clase. Usamos como medida la percepción subjetiva de cada uno. Establecemos una valoración de 0° a 10°; donde 0° serían nulos insultos y agresividad y 10° sería el paroxismo, lo insostenible; 5° la media, casi lo normal, lo aguantable, etc.

Cada uno y cada una da una nota. Luego sacamos la media. En un grupo donde predomina el respeto y la maestra procura que los escolares resuelvan los conflictos entre ellos, sale un 4,5 de temperatura del insulto, es decir, una temperatura muy baja. En otra clase, que viene una hora después, la temperatura se eleva ya a 7,5 grados de agresividad en la escala de Juul.

Ha pasado hora y media desde que el grupo iniciara su visita. Trato de decirles que con esta propuesta terminamos la actividad, pero no me permiten acabar. «Pero si acabamos de llegar», protestan. «Si sólo pasaron diez minutos.» Han estado tan metidos en la historia de Juul y en las propuestas que han ido desarrollando, que han perdido la noción del tiempo. Como despedida les digo: «Os pido que, cuando lleguéis al cole, en vuestra clase, le escribáis a Juul una carta. Se la haré llegar a todos esos y esas Juul que existen, que quizá son de vuestro colegio, están a vuestro lado y tienen nombres reconocibles. Será una carta regalo, en la que le contéis cómo habéis vivido su historia y si tiene alguna relación con la vuestra». Y enviaron un montón de cartas en las que expresan cómo percibieron el relato de Juul y de qué manera entendieron su historia.

Veamos un botón de muestra:

«Querido Juul:

»Me llamo Sandra y tengo 12 años. En primer lugar, quiero agradecer a Nora, por todo el cariño que te está dando. Tu historia es muy fuerte y triste. Tus amigos, mejor dicho enemigos, te rechazaron como eras y creo que no es normal. Quiero que sepas que siempre hay alguien que te quiere; aunque tengas que buscar mucho, lo acabas por encontrar. Si ellos no te quieren, peor para ellos.

»A mí tampoco me aceptaron cuando vine a Gijón, porque yo soy de Burgos y cuando todos me llamaban hamburguesa en vez de burgalesa, eso me molestaba.

»También decían que tenía paletos largos y que parecía un conejo. Yo me ponía a llorar y empecé a coger complejo. Siempre me quedaba sola en los recreos y me apetecía tirarme al suelo y romperme todos los dientes. Por suerte, ahora todas son mis amigas y no se fijan en

mis dientes. Tú deberías haber hecho lo mismo, pero ahora que tienes el cariño de Nora, reconstrúyete».

Cierro así esta breve crónica en la que he pretendido mostrar cómo un cuento puede convertirse en un proyecto educativo de primer orden. ■

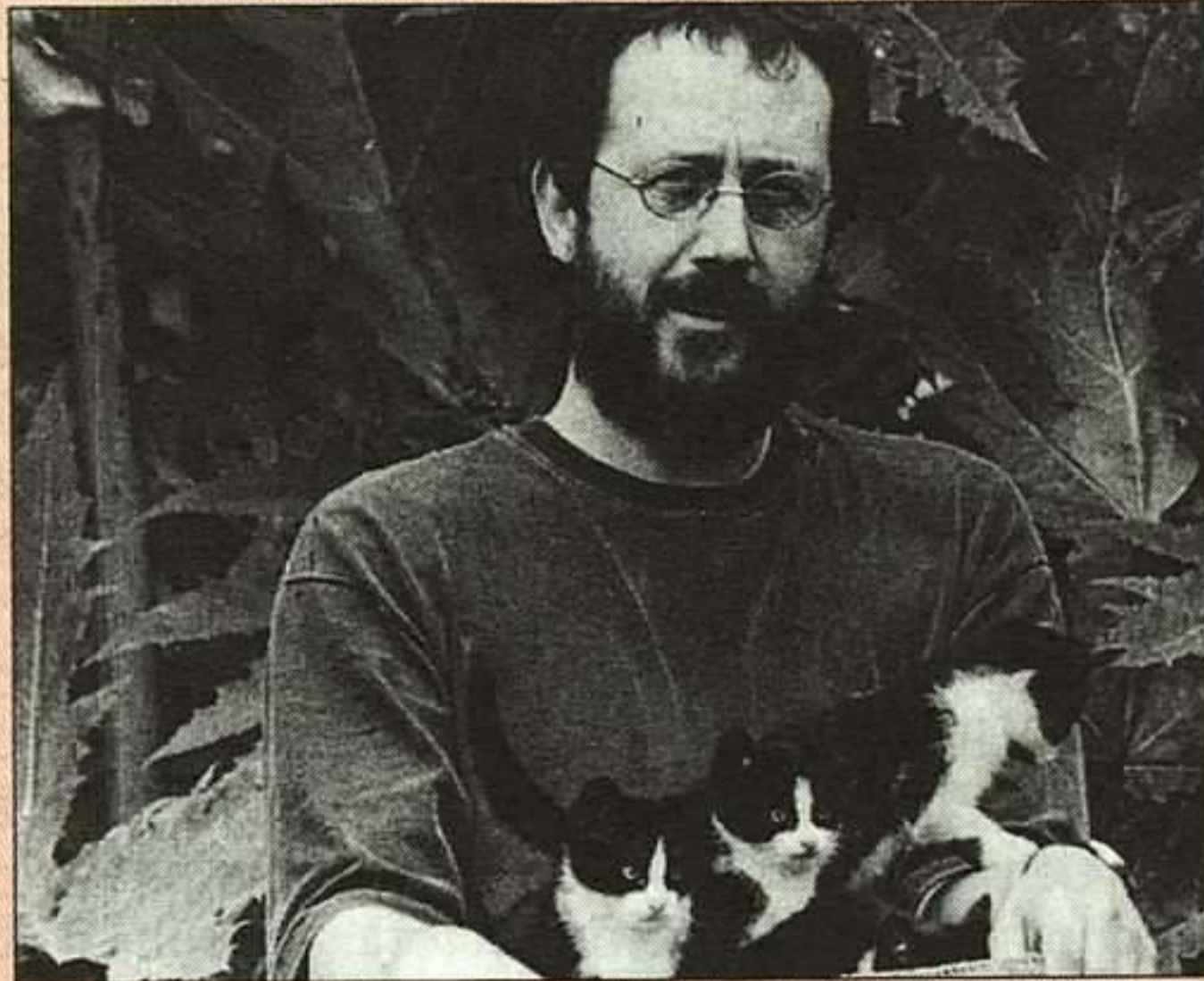
*Paco Abril es cuentacuentos; creador y director del suplemento infantil *La Oreja Verde*; y director de Programas de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

Gregie: una persona que escribía

por María Lerma*

Cierta mañana estaba en casa con la compañía de teatro Ultramarinos recopilando material sobre de Maeyer para montar la obra de teatro *Juul*, único libro de Gregie de Maeyer traducido al castellano. Por la noche me llamaron desde Bélgica diciéndome que había muerto de un infarto.

A los pocos días se me invitó, en calidad de amiga, a escribir algo para su funeral y acepté. Lo primero que se me ocurrió es que no tenía nada que decir, que decirle. Si en algo estaba en paz con él y conmigo era que en la relación que mantuvimos nunca nada se quedó en el tintero. En nuestro primer



encuentro le hice una crítica feroz del libro *Juul* precisamente. Ése fue el principio de nuestra amistad y según me dijo después, mi sinceridad cargada de menor o mayor razón fue lo que apreció; le aburrían solemnemente las adulaciones hipócritas, lo que no quiere decir que no buscara el reconocimiento general.

Gregie se introdujo en el mundo de la literatura como ilustrador pero, tras ver que en los libros premiados se olvidaba sistemáticamente el trabajo del dibujante, decidió compaginar e incluso sustituir el lápiz por el bolígrafo. Trató mayormente temas duros. Era de la opinión de que a los niños hay que introducirles en «las cosas de este mundo» y no pecar de protegerles con un mundo paralelo de hadas. Llegó a escribir un cuento crítico sobre el racismo titulado *En ik? (¿Y yo qué?)*, basándose en los puntos del programa electoral de un partido político de tendencia fascista. Sus libros son didácticos pero no porque tengan moralina ni

porque se ensalce el bien frente al mal, si no porque simplemente exponen las cosas como son, sin juicios ni valores. A los niños hay que mostrarles el mundo, no resolverlo; han de aprender a analizar y a formarse su opinión, eso sí, de la mano de los adultos.

Lo siguiente que se me ocurrió para su funeral tenía que ver con un niño revoltoso que no para de formularse preguntas en voz alta provocando una respuesta de los que están cerca. Gregie era así, una persona enormemente curiosa y creativa, cualquier cosa le servía

de detonante para poner su cerebro en movimiento. Irradiaba tal rebeldía e inconformismo, tal energía, que te arrastraba y llegabas a creer que nada era imposible. Después, a mitad de camino, o tras haber logrado el objetivo, se paraba y se sorprendía de la que había organizado, y tú, si le conocías, te sorprendías también, pero casi más de su sorpresa.

Hace un año, tomando cervezas en Lovaina (le encantaba la cerveza y el chorizo picante que le hacía llegar desde España), me comentó que estaba agotado, que no podía parar su cerebro, que no podía parar de crear en definitiva y la única forma sería muriendo. Yo le creí pero no me asusté, porque Gregie era muy vital pero también muy triste. Hoy por hoy, él ha parado, pero los que le conocimos seguimos buscando respuestas a aquellas preguntas que se hacía y a otras más. Somos muchas las personas, algunas que nunca llegaron a conocerle, las que nos movemos por la inercia de lo que él hizo.

*María Lerma es traductora.